

vos partidarios de Colon, viendo lo decidido que estaba Roldan á servir al gobierno, y perdida toda esperanza de comprometerlo en una nueva sedicion, resolvieron apoderarse de él por sorpresa; pero no cayó en el lazo, gracias á su sagacidad y vigilancia.

No bien supo Ojeda la marcha de Roldan y de Escobar, se retiró á bordo de sus buques. Aunque de ánimo osado no se hallaba dispuesto en aquel caso á echar mano de las armas, teniendo que pelear desesperadamente y sin provecho alguno contra el gobierno establecido. Roldan hizo entonces amonestaciones análogas á las que estaba acostumbrado á recibir. Escribió á Ojeda una carta reprobando decorosamente su conducta con la cual habia llenado la isla de confusion, y pidiéndole que desembarcase para entrar en una composicion amistosa y acabar todas las diferencias. Ojeda, conociendo la astucia de Roldan, no hizo caso de sus repetidos mensajes, y se negó á su disposicion. Hizo mas: se apoderó de Diego Trujillo, uno de los mensajeros, y no contento con esto, desembarcó repentinamente en Jaragua, y se llevó preso á Toribio de Linares, otro de los camaradas de Roldan; á ambos les cargó de cadenas; les detuvo á bordo de su buque en rehenes por un tal Juan Pintor, un marinero manco que se le habia desertado, y amenazó ahorcar á los dos como no se le entregase el marinero.

Varias fueron las astutas evoluciones que practicaron los dos terribles antagonistas, persuadidos ambos de la sagacidad y resolucion de su adversario. Ojeda se hizo á la vela y navegó doce leguas al Norte, hácia la provincia de Cahay, una de las mas bellas y fértiles de la isla, habitada por gente dócil y bondadosa. Roldan y Escobar le siguieron por tierra, y se le acercaron sin demora. Mandó entonces Roldan á su compañero Escobar que en una canoa ligera manejada por indios se dirigiese al buque principal y dijese desde lejos á Ojeda, que puesto que no queria pasar á tierra, Roldan iria á conferenciar con él á bordo, si le enviaba un bote para verificarlo.

Ojeda se creyó desde luego al abrigo de su contrario. Inmediatamente despachó un bote que se paró á corta distancia de la orilla, diciendo á Roldan que podia embarcarse. *¿Cuánta gente puede acompañarme?* preguntó este. *Nada mas que cinco ó seis hombres,* le contestaron. Entonces se dirigió al bote, con agua hasta la cintura, Diego de Escobar acompañado de cuatro hombres. Los del bote no quisieron admitir mas. Roldan mandó entonces que entre dos hombres lo llevasen á él para no mojarse. Con esta extratagemata hizo ascender á ocho su partida. Apenas entró en el bote, mandó á los marineros que remasen hácia tierra. Negándose á hacerlo, él y sus compañeros los atacaron espada en mano, hiriendo á muchos, y haciéndolos á todos prisioneros, á escepcion de un flechero indio que se salvó nadando.

Este triunfo fue para Roldan muy importante; Ojeda, ansioso de recobrar su bote, indispensable para el servicio del buque, hizo entonces proposiciones de paz. Se acercó á la playa en el bote mas pequeño, que era el que le habia quedado, acompañado de su primer piloto, cuatro remeros y un soldado. Roldan entró en el que acababa de apresarle con siete remeros y quince soldados, dejando en la playa otros tantos hombres y una canoa, para que se embarcasen en caso necesario. Aquellos dos formidables adversarios tuvieron una conferencia bastante característica, conduciéndose ambos en ella con la mayor cautela. Esta entrevista se efectuó mediando mucha distancia entre ambas partes. Ojeda para justificar sus movimientos hostiles, alegó que habia venido Roldan con fuerza armada para apoderarse de él. Este negó el hecho, y le prometió de parte de Colon la acogida mas amistosa si queria pasar á Santo Domingo. Al fin se hizo una composicion: se restituyó

á Ojeda su bote, y hubo cange de prisioneros, exceptuando Jnan Pintor, el marinero manco, que se habia ocultado. Por una de las cláusulas de la capitulacion, Ojeda se hizo á la vela al dia siguiente, amenazando, empero, volver pronto con mas buques y hombres.

Roldan permaneció por aquellos contornos, poniendo en duda su partida. Pocos dias despues oyó decir que habia desembarcado en una parte muy lejana de la costa. Al momento salió á buscarle con ochenta hombres en canoas, mandando descubiertas por tierra. Antes de llegar al punto designado Ojeda se habia ya dado á la vela, y no tuvo Roldan otra noticia de él: Las Casas asegura que ó bien desembarcó en algun distrito remoto de Española, ó bien en la isla de Puerto-Rico, donde juntó lo que él llamaba su *cabalgada* ó rebaño de esclavos, arrancando de su patria á una multitud de infelices indios que vendió en el mercado de Cádiz.

CAPITULO VIII.

CONSPIRACION DE GUEVARA Y MOJICA.

(1500.)

CUANDO los hombres han contraido la costumbre de obrar mal, se atribuyen el mayor mérito á la mas pequeña accion que cometen propia de hombres honrados. Los de Roldan celebraban ellos mismos alta y ruidosamente su lealtad incomparable, y los grandes servicios que habian hecho al gobierno arrojando de la isla á Ojeda. A fuer de picaros reformados, esperaban que seria pródigamente premiada su buena conducta. Considerando al caudillo que los mandaba poseedor de ilimitadas facultades, y habiéndoles agradado la deliciosa provincia de Cahay, le pidieron se la repartiese para fijarse en ella. Roldan siendo gefe de insurrectos, hubiera accedido desde luego á su demanda; pero habia llegado un momento en que le convenia dar á conocer su adhesion á las leyes, y dijo que él nada podia otorgar sin la sancion del Almirante. Mas sabiendo que era peligroso contradecir el espíritu turbulento que él mismo habia fomentado entre aquellas gentes, repartió entre ellos algunas propiedades suyas en los territorios de su antiguo huésped Behechio, cacique de Jaragua. Entonces escribió al Almirante pidiéndole permiso para volver á Santo Domingo, y recibió una carta en que se le daban muchas gracias y prodigaban los mayores elogios por la diligencia y tino que habia manifestado, indicándole que permaneciese algun tiempo mas en Jaragua, pues podia estar Ojeda todavía cerca de las costas, dispuesto á entrar de nuevo en aquella provincia.

Una causa bastante novelesca produjo en la isla nuevas turbulencias. Llegó por aquellos tiempos á Jaragua un caballero joven y de distinguida familia, llamado D. Hernando de Guevara. Estaba dotado de buen personal y bellos modales, si bien era violento en sus pasiones y libertino en su conducta. Tenia parentesco con Adrian de Mojica, uno de los mas activos agentes de la rebelion de Roldan, y se habia conducido tan disolutamente en Santo Domingo, que Colon le desterró de la isla. Como no habia otro modo de hacerle salir de ella, se le envió á Jaragua para volver á España en uno de los buques de Ojeda; pero llegó despues de la partida de este. Roldan le recibió favorablemente por consideracion á su antiguo camarada Adrian de Mojica, y le permitió escoger lugar para su residencia, hasta que llegasen nuevas órdenes del Almirante. Eligió la provincia de Cahay, y el sitio en que Roldan habia sorprendido el bote de Ojeda. Aunque era uno de los mas delinciosos distritos de aquella hermosa costa, Guevara le escogió solo por su vecindad á Jaragua. Mientras

estuvo en este último punto con permiso de Roldan, fué bien recibido en casa de Anacaona, la viuda de Caonabo, hermana del cacique Behechio. Aquella mujer extraordinaria seguia simpatizando aun con los españoles, á pesar de las vergonzosas escenas de que habia sido testigo; y con su dignidad característica habia obtenido el respeto hasta de la chusma licenciosa que poco antes infestaba su provincia. Tenia una hija de su difunto marido el cacique Caonabo, cuyas gracias acababan entonces de desarrollarse y que era sumamente admirada por su belleza. Guevara, hallándose frecuentemente en su compañía, se enamoró de ella; y sus atenciones no tardaron en ganar el corazon de la inocente joven india. Para estar cerca de su amada, escogió la residencia de Cahay, donde su primo Adrian de Mojica tenia varios perros y halcones para la caza. Guevara dilató su partida; pero habiendo descubierto Roldan el objeto que le traia á Jaragua, le advirtió que desistiese de sus pretensiones, y le mandó salir de la provincia. Las Casas insinúa que tambien Roldan amaba á la joven india y estaba celoso de la preferencia que esta daba á su rival. Anacaona, la madre de Higuarcota, fascinada por la elegante apariencia y bellos modales del enamorado caballero, favorecia su pasion, tanto mas cuanto que Guevara le pedia su hija en matrimonio. A pesar de las órdenes de Roldan, permanecia Guevara en Jaragua y en casa de Anacaona, desde donde mandó por un sacerdote para que bautizase á su futura esposa.

Roldan al saber esto envió á llamar á Guevara y le reprendió agriamente porque seguia en Jaragua con el designio de engañar á Anacaona, y extraviando el afecto de su hija. Guevara confesó la fuerza de su pasion, y atendida la pureza de sus intenciones, pidió permiso para prorogar su residencia en Jaragua. Roldan se manifestó inflexible, alegando que el Almirante podia no estar conforme con el permiso que él le diese y sospechar de su propia conducta; pero parece que lo que motivaba su negativa era el deseo de separar de allí un rival que frustraba todos sus proyectos amorosos. Guevara obedeció; permaneció tres dias en Cahay; pero no pudiendo vivir ausente de su adorada, volvió á Jaragua con cuatro ó cinco amigos, y se ocultó en casa de ella misma. Roldan, que adolecia entonces de una afeccion de ojos, al saber su vuelta, le dirigió reconvencciones por su desobediencia, y le mandó volver al instante mismo á Cahay. El joven caballero adoptó entonces diferente lenguaje. Contestó á Roldan aconsejándole que no se crease contrarios, cuando tenia tanta necesidad de amigos, pues él sabia positivamente que pensaba el Almirante mandarle cortar la cabeza. Entonces Roldan, en uso de su autoridad, le ordenó salir de aquella parte de la isla, y presentarse á Colon en Santo Domingo. Para no verse enteramente privado de la presencia de su beldad india, refrenó el manco de su violencia. Trocó su altivo tono en humilde súplica, y Roldan, vencido por su sumision, le permitió permanecer por entonces en la parte de la isla que él mismo habia elegido.

Pero debia Roldan recoger los frutos del mal sembrado por su mano. Inspiró el desprecio de las leyes á sus antiguos compañeros, y era natural que se viese espuesto á los efectos de la anarquía que era obra suya. Guevara, irritado con los obstáculos que se oponian á su pasion, acarició proyectos de venganza. Formó un partido de los antiguos secuaces de Roldan; que detestaban como magistrado al hombre que idolatraron como caudillo. Se resolvió rebelarse súbitamente contra él, y ó bien matarle ó sacarle los ojos. Al saber Roldan la conjuracion, procedió contra ella con la prontitud de un rayo. Fue preso Guevara en la mansion de Anacaona, á la vista de su futura esposa, quedando arrestados tambien siete

de sus cómplices. Roldan informó desde luego al Almirante, sin cuya autoridad, decia, no se resolvía á tomar medida alguna, sobre todo no siendo juez imparcial en aquel caso. Colon, que se hallaba entonces en el fuerte de la Concepcion, en la Vega, mandó trasladar los presos al de Santo Domingo.

Estas medidas vigorosas de Roldan contra sus antiguos camaradas produjeron inmediatas revueltas. Adrian de Mojica, al saber que estaba preso su primo Guevara por orden de Roldan su confederado, se exasperó sobremanera y resolvió vengarse. Pasó inmediatamente á Bonaó, perenne foco de sediciones, á pedir ayuda á Pedro Riquelme, alcalde recientemente nombrado por Roldan. Riquelme se la concedió gustoso; y partieron ambos á varios sitios de la Vega, donde los rebeldes vivian en las tierras que habian recibido, para incitarlos á tomar parte en sus proyectos. La propension de aquellos hombres á las revueltas era irresistible. Guevara era muy apreciado de todos, y la conducta de Roldan se calificó de intervencion despótica para impedir un himeneo agradable á ambas partes, y beneficioso para la colonia. No hay nadie tan detestado de los que han sido sus amigos como un ladrón reformado, ó un rebelde sirviendo á la justicia. Las antiguas escenas tumultuosas se renovaron; las armas, depuestas apenas de las recientes rebeliones, se empuñaron de nuevo, y empezaron los preparativos para la accion. Mojica tuvo pronto un cuerpo de audaces y abandonadas gentes, prontas á seguirle con armas y caballos en cualquier empresa desesperada. Alentado por la impunidad que habian tenido sus primeros actos, amenazó con otros mas atroces aun, proponiéndose no solo rescatar á su primo, sino dar muerte á Roldan y al Almirante.

Colon se hallaba en la Concepcion con poca gente mie tras se fraguaba este peligroso complot en las cercanias. No temiendo ninguna hostilidad próxima de personas á quienes habia colmado de favores, hubiera sido su víctima á no tener conocimiento del plan por un desertor de los conspiradores. De una sola mirada sondeó el abismo que le rodeaba y vió la tormenta que amenazaba la isla. Conociendo que habia pasado el tiempo de la templanza, determinó dar un golpe que cortase todas las cabezas de la hidra de la rebelion.

Con seis ó siete criados de confianza y tres escuderos, todos bien armados, se dirigió por la noche á la residencia de los sediciosos, los cuales confiados en lo secreto de su plan y en la apacibilidad mostrada últimamente por el Almirante, estaban descansando sin precaucion alguna. Los sorprendió Colon; se apoderó de Mojica y de varios de sus principales cómplices y se los llevó presos al fuerte de la Concepcion. El momento era crítico; la Vega estaba pronta á sublevarse; tenia en su poder al que era cabeza del motin, y era necesario un escarmiento que aterrara á los facciosos. Mandó que se colgase á Mojica del asta de la bandera. Pidiendo el reo que se le permitiese confesar antes de morir, se le envió un sacerdote. El miserable Mojica, tan intrépido y arrogante en la rebelion, perdió todo su ánimo delante de la muerte. Procuró prolongar su confesion empezando y deteniéndose, y empezando de nuevo; y otra vez vacilando, como si aguardase que el tiempo le trajese un indulto. En vez de confesar sus propios pecados, acusó de criminales á otros que se sabia eran inocentes; hasta que Colon, indignado en vista de tanta falsedad y apurada ya la paciencia, mandó que arrojase al rebelde de las murallas abajo. Muchos de los cómplices de Mojica fueron condenados á muerte; pero se suspendió por entonces la sentencia.

Este repentino acto de severidad fue seguido prontamente de otros no menos fulminantes. Antes que los conspiradores tuviesen tiempo de salir de su es-

tuor, Pedro Riquelme y algunos de sus compañeros fueron sorprendidos en Bona y llevados al fuerte de Santo Domingo, donde se hallaba también el que fue causa de esta segunda rebelión, Hernando de Guevara, el amante de la princesa india. Tan inesperados actos de rigor, ejercidos por una autoridad que tan blanda había sido, produjeron el deseado efecto. Los conspiradores amilanados huyeron en su mayor parte á Jaragua, su favorito retiro. Pero no se les permitió reunirse allí de nuevo, ni tramar nuevas conspiraciones. El Adelantado y Roldán los siguieron con la actividad y vigor que á ambos caracterizaban. Se dice que el Adelantado llevaba consigo un sacerdote para que á medida que prendiese á los delincuentes, los confesase y en seguida los mandaba ahorcar en el lugar mismo; pero lo más probable es que los enviaba prisioneros á Santo Domingo. Tuvo una vez diez y siete de ellos presos en un calabozo común, esperando que se viese su causa mientras seguía persiguiendo sin descanso á los demás.

Prontas y severas eran estas medidas; pero considerando cuánto tiempo había Colon sufrido á aquellos hombres, cuánto les había cedido y sacrificado, cuánto le habían interrumpido en sus grandes empresas, menoscabando el bien de la colonia con sus continuadas sediciones; si consideramos cuánto habían abusado de su lenidad, y provocado y menospreciado su autoridad y la de las leyes, atentando al fin contra su vida, no debemos admirarnos de que dejase caer al cabo la espada de la justicia sobre tan contumaces criminales.

La facción estaba ya del todo subyugada, y pronto empezaron á sentirse los buenos efectos de varias medidas tomadas por Colon en beneficio de la isla después de su última llegada á ella. Los indios, viendo la ineficacia de la resistencia, se sometieron resignados al yugo. Muchos de ellos dieron señales de civilización y adoptaron vestidos. La cristiandad también empezó á progresar entre ellos. Los españoles cultivaban ya sus tierras diligentemente ayudados por los indios, y todo ofreció el halagüeño aspecto de una prosperidad creciente.

Colon atribuyó tan feliz peripecia á la intervención especial del cielo. Expresa decididamente esta opinión en sus cartas, recordando una de aquellas visiones fantásticas que visitaban á veces su imaginación en el desarreglo de la ansiedad ó en el parasismo de las enfermedades. En el invierno precedente, hacía la pascua, cuando le amenazaban con guerra los indios y con insurrecciones sus gentes, cuando desconfiaba de los hombres que tenía cerca, y temía que su favor declinase en la corte, cayó por algun tiempo en un abatimiento profundo. En medio de su tristeza ya casi abandonado á la desesperación, reliere él que oyó una voz que le decía: «Hombre de poca fé, nada temas ni te apures! Yo te protegeré. Los siete años del término de oro no han espirado, y en esto, y en todas las otras cosas, yo tendré cuidado de tí.» Aquel mismo día, añade, recibió nuevas del descubrimiento de un distrito riquísimo en minas. La imaginaria promesa de ayuda divina, tan milagrosa y misteriosamente dada, le pareció después aun más rigurosamente cumplida. Las turbaciones y peligros que le habían últimamente rodeado, estaban ya vencidos, sucediendo á ellos una apacible calma. Entonces esperaba la continuación de su empresa por tanto tiempo interrumpida, la exploración de las regiones de Paría, y el establecimiento de una pesquería en el golfo de las Perlas. ¡Cuán engañosas eran sus esperanzas! En aquel momento mismo se estaban desenvolviendo sucesos que debían agobiarle, arrancándole sus honores, y dejándole como una ruina de sí mismo durante todo el resto de su vida!

LIBRO XIII.

CAPITULO PRIMERO

REPRESENTACIONES DIRIGIDAS Á LA CÔRTE CONTRA COLON.—BOBADILLA AUTORIZADO PARA EXAMINAR SU CONDUCTA.

(1500.)

MIENTRAS estaba Colon envuelto en una serie inmensa de dificultades en la isla Española, sus enemigos estaban minando con harto buen éxito su reputación en la corte de España. El informe de su anticipada desgracia, dado por Ojeda, no era del todo infundado. Se consideraba próximo aquel fatal suceso, y la perfidia hacia para acelerarlo toda clase de esfuerzos. Los buques que procedían del Nuevo-Mundo, llegaban á España cargados de quejas, representando el carácter de Colon y de sus hermanos bajo el más odioso punto de vista, haciéndoles aparecer á todos como hombres nuevos, hinchados por su repentina elevación, no acostumbrados al mando, arrogantes é insultantes en su conducta con respecto á los caballeros de noble cuna y elevado espíritu, opresores de la gente ordinaria, y crueles con los indios. La insidiosa insinuación de que eran extranjeros, y no podían tener interés verdadero en la gloria de España ni en la prosperidad de los españoles, aunque al parecer tan despreciable, no dejó de producir poderoso efecto. Hasta tal punto se valieron de ella sus enemigos, que llegaron á acusar á Colon del designio de sacudir los compromisos que le unían á España, y proclamarse él mismo soberano de los países que había descubierto, ó cedérselos á otra potencia. Esta calumnia; con ser tan extravagante, era muy propia para alarmar el ánimo suspicaz de Fernando. Es cierto, que por todos los buques enviaba Colon informes de las causas y naturaleza de los males que alligian la isla, implorando é indicando remedios, que debidamente administrados hubieran podido ser eficaces. Pero sus cartas, recibidas á largos intervalos, hacían cuanto más en el ánimo del monarca, una impresión pasajera que era rápidamente borrada por la influencia de activas é incesantes calumnias.

Sus enemigos, teniendo siempre medios de hablar á los soberanos, podían poner los cargos contra él en el más ofensivo punto de vista, y neutralizar secretamente la fuerza de las vindicaciones de Colon. Tenían una lógica muy cómoda que la usaban de continuo para probar el mal gobierno ó la mala fé de Colon: los incesantes gastos que sufragaba la metrópoli para el mantenimiento de la colonia, ¿Podían estos concebirse después de las extravagantes pinturas que había presentado de la isla y de sus montañas doradas, en que pretendía haber hallado el Oír de la antigüedad, manantial de todas las riquezas de Salomón? De sus exageraciones inferían que había con ellas engañado de intento á los soberanos, ó que los defraudaba malversando los fondos, ó que era del todo incapaz para tener las riendas del gobierno.

Sabían los intrigantes que el engaño de que creía Fernando ser víctima, viendo que las nuevas posesiones más bien le acarrearán gastos que ganancias, tenía mucho peso en su ánimo. Las guerras á que su ambición le lanzaba, habían agotado sus recursos. Esperaba confiado que el Nuevo-Mundo le daría sobrados medios para proseguir sus triunfos, y oía con impaciencia las frecuentes peticiones que de él llegaban á su extenuado tesoro. Para irritarle más y más y redoblar su resentimiento, cuantos desengañados volvían de la colonia, eran instigados por la facción hostil á reclamar pagas que Colon les debía, ó pérdidas sufridas en su servicio. Así sucedió especialmente con los rufianes que habían sido embarcados para librar á la isla de sus sediciones. Llegaron á la corte de Grana-

da, y cuando el rey salía á caballo, le acosaban con sus lamentos y reclamación de sus pagas. Un día cincuenta de aquellos vagamundos pudieron penetrar en el patio interior de la Alhambra, á que daban las estancias reales, mostrando racimos de uvas como único sustento que su pobreza les había dejado, y criticando en alta voz los engaños del Almirante, y el cruel abandono en que los tenía el gobierno. Casualmente pasaron por allí los dos hijos de Colon, que eran pagos de la reina, y oyeron esas terribles imprecaciones: allá van los hijos del Almirante, los cachorros del que descubrió la tierra de vanidad y de ilusiones, la tumba de los hidalgos de España.

Tan perseverante repetición de falsedad, se abre poco á poco camino hasta en el alma más cándida. La misma Isabel empezó á dudar de la conducta de Colon. Cuando eran tan universales é incesantes las quejas por precisión habían de tener algun fundamento. Colon y sus hermanos, podían, aunque justos, ser indiscretos; y en el gobierno, con más frecuencia se cometen errores por ignorancia que por malicia. Las cartas escritas por el mismo Colon, eran una lamentable pintura de la confusión de la isla. ¿No podía esto provenir de la incapacidad ó debilidad de sus gobernadores? Y aun concediendo que los abusos que prevalecían naciesen en gran parte de la enemistad de la gente hácia el Almirante y sus hermanos, y de sus preocupaciones contra ellos por ser extranjeros; era prudente confiar tan importante y lejano gobierno á personas tan despobladas?

Estas consideraciones pesaron no poco en el ánimo de Isabel, y mucho más en el del cauteloso Fernando, el cual nunca había mirado á Colon con muy buenos ojos, y desde que conoció la importancia de sus descubrimientos, se arrepintió de haber puesto tanta fuerza á su disposición. Los amargos clamores que se levantaron durante la breve administración del Adelantado y la sedición de Roldán, determinaron al fin al rey á enviar una persona de habilidad é importancia, que estudiase los negocios de la colonia, y se apoderase, si era necesario, de su mando. Esta medida de tanta consecuencia parece que se había ya tomado, y aun extendido poderes para llevarla á efecto, en la primavera de 1499; pero se aplazó hasta el año siguiente dándose varias razones para la dilación. Los importantes servicios de Colon en el descubrimiento de Paría y de las islas de las Perlas, y pudieran ejercer alguna influencia en el ánimo real. La necesidad de armar una escuadra en aquellos momentos para cooperar con los venecianos á hostilizar á los turcos; la amenazadora actitud y movimientos de tropas del nuevo rey de Francia Luis XII; la rebelión de los moros de las Alpujarras en el recién conquistado reino de Granada, todas estas circunstancias se han alegado como razones para aplazar una medida de tanta consideración, y que podía tener tan tristes resultados, respecto á las posesiones nuevamente descubiertas. La causa más probable, es la repugnancia que tenía Isabel en abochornar á un hombre á quien miraba con la mayor gratitud y la debida admiración. Al fin la llegada de los buques con los facciosos de Roldán: aceleró la crisis. Verdad es que Ballester y Barrantes venían en los bajeles para representar con justicia les negocios de la isla; pero les acompañaba una turba de testigos favorables á Roldán, con muchas cartas escritas por él y sus confederados, en que atribuían todos los acontecimientos funestos á la tiranía de Colon y sus hermanos. Desgraciadamente el testimonio de los rebeldes pesó más que la verdad en el ánimo de Fernando, y una circunstancia especial enagenó á Colon el cariño de Isabel, que hasta entonces había sido su principal apoyo.

Habiendo tomado la reina un interés maternal por la felicidad de los indios, la había Colon ofendido re-

petidas, veces, esclavizando á los que capturaba en la guerra, aun cuando sabía que era este modo de proceder contrario á los deseos de la reina. Los mismos buques que trajeron á España á los compañeros de Roldán, conducían también gran número de esclavos. Colon se había visto obligado á conceder algunos á aquellos hombres por los artículos de la capitulación; otros habían sido embarcados clandestinamente. Entre ellos venían las hijas de varios caciques seducidas y arrancadas de sus hogares por aquellos libertinos. Muchas estaban en cinta, otras con hijos recién nacidos. Todas las transferencias de aquellos desdichados se atribuyeron á Colon, haciendo á la reina las más odiosas pinturas sobre el particular. Su sensibilidad como mujer, y su dignidad como reina, se reaccionaron á la vez. «¿Qué derecho, exclamó indignada, tiene el Almirante para regalar mis vasallos?» Determinó entonces resueltamente manifestar el odio que la inspiraban á aquellos ultrajes á la humanidad, y mandó que se restableciesen todos los indios á su patria y á sus familias. Hasta fue retrospectiva la orden; pues decía, que también se buscasen y llevasen de nuevo á Española, los que antes había enviado el Almirante. Desgraciadamente para Colon en estas circunstancias, había aconsejado en una de sus cartas la continuación por algun tiempo de la esclavitud india, considerándola de suma utilidad para la colonia, lo que contribuyó á irritar á Isabel, y la indujo á permitir que se enviase una comisión para investigar su conducta, y quitarle el mando en caso necesario.

Fernando se halló muy perplejo al nombrar esta comisión, vacilando entre un sentimiento justo de lo que merecían los servicios y carácter de Colon, y el deseo de despojarlo con delicadeza de los poderes que le había dado. Al fin le suministraron un pretexto las últimas cartas del mismo Almirante, y resolvió no desaprovecharlo. Colon le había suplicado repetidamente que le enviase alguna persona de probidad y talento, un abogado jurisperito que ejerciese las funciones de juez; pero cuyos poderes fuesen tan limitados, que no menoscabasen en lo más mínimo su propia autoridad como virrey. También le suplicaba nombrase un árbitro imparcial, que diese su fallo en sus disensiones con Roldán. Fernando se propuso satisfacer sus deseos, pero viendo aquellos dos oficios en uno; y como la persona que nombrase tenía que decidir en materias enlazadas con las funciones más altas del Almirante y sus hermanos, se le dió poder para que si los hallaba culpables, se apoderase el mismo de su gobierno, lo que era un modo muy singular de asegurar la imparcialidad.

La persona escogida para un oficio tan delicado fue don Francisco de Bobadilla, oficial de la casa real, y comendador de una de las órdenes militares. Oviedo nos le pintó un hombre muy recto y religioso; pero otros dicen, y sus acciones corroboran su aserto, que era pobre, violento y ambicioso; tres razones que se oponían á ejercer debidamente los deberes de la judicatura, en un caso que exigía la mayor paciencia, buena fé y circunspección, pudiendo el juez derivar poder y opulencia de la convicción de una de las partes.

La autoridad concedida á Bobadilla se define en cartas existentes todavía, que merecen analizarse cronológicamente, porque parece que los tiempos y las circunstancias hicieron variar á cada paso las intenciones reales. La primera se expidió en 21 de marzo de 1499, y hace mérito de la queja dada por el Almirante, contra un alcalde y otras personas que se habían rebelado contra él. Por lo cual añade la carta, os mandamos informaros de la verdad de lo antedicho; averiguar quién y cuáles personas fueron las que se levantaron contra el dicho Almirante y nuestra magistratura; y por qué causa; y qué r